

Aqueste Gonzalo de Umbria era al que Cortés mandó cortar los piés cuando ahorcó á Pedro Escuderos é á Juan Cermeño y azotó los Peñates porque se alzaban en San Juan de Ulúa con el navío, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo que dello habla. Dejemos de contar mas en lo pasado, y digamos cómo fueron con el Umbria, y se les dió de plazo para ir é volver cuarenta dias. E por la banda del norte despachó para ver las minas á un capitán que se decia Pizarro, mancebo de hasta veinte y cinco años; y á este Pizarro trataba Cortés como á pariente. En aquel tiempo no había fama del Perú ni se nombraban Pizarros en esta tierra; é con cuatro soldados mineros fué, y llevó de plazo otros cuarenta dias para ir é volver, porque había desde Méjico obra de ochenta leguas, é con cuatro principales mejicanos. Ya partidos para ver las minas, como dicho tengo, volvamos á decir cómo le dió el gran Montezuma á nuestro capitán en un paño de nequen pintados y señalados muy al natural todos los rios é ancones que había en la costa del norte Pánuco hasta Tabasco, que son obra de ciento cuarenta leguas, y en ellos venia señalado el rio de Guazacualco; é como ya sabiamos todos los puertos y ancones que señalaban en el paño que le dió el Montezuma, de cuando veniamos á descubrir con Grijalva, excepto el rio de Guazacualco, que dijeron que era muy poderoso y hondo, acordó Cortés de enviar á ver qué era, y para honrar el puerto y la entrada. Y como uno de nuestros capitanes, que se decia Diego de Ordás, otras veces por mí nombrado, era hombre muy entendido y bien esforzado, dijo al capitán que él queria ir á ver aquel rio y qué tierras había y qué manera de gente era, y que le diese hombres é indios principales que fuesen con él; y Cortés lo rehusaba, porque era hombre de buenos consejos y tenello en su compañía, y por no le descomplacer le dió licencia para que fuese; y el Montezuma le dijo al Ordás que en lo de Guazacualco no llegaba su señorío, é que eran muy esforzados, é que parase á ver lo que hacia, y que si algo le aconteciese no le cargasen ni culpasen á él; y que antes de llegar á aquella provincia toparía con sus guarniciones de gente de guerra, que tenía en frontera, y que si los hubiese menester, que los llevase consigo; y dijo otros muchos cumplimientos. Y Cortés y el Diego de Ordás le dieron las gracias; é así, partió con dos de nuestros soldados y con otros principales que el Montezuma les dió. Aquí es donde dice el coronista Francisco Lopez de Gómora que iba Juan Velazquez con cien soldados á poblar á Guazacualco, é que Pedro de Ireio había ido á poblar á Pánuco; é porque ya estoy harto de mirar en lo que el coronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir, y diré lo que cada uno de los capitanes que nuestro Cortés envió hizo, é vinieron con muestras de oro.

CAPITULO CIII.

Cómo volvieron los capitanes que nuestro capitán envió á ver las minas é á honrar el puerto é rio de Guazacualco.

El primero que volvió á la ciudad de Méjico á dar razón de á lo que Cortés los envió, fué Gonzalo de Umbria y sus compañeros, y trajeron obra de trecientos pesos en granos, que sacaron delante de los indios de un pue-

blo que se dice Cacatula, que segun contaba el Umbria, los caciques de aquella provincia llevaron muchos indios á los rios, y con unas como bateas chicas lavaban la tierra y cogian el oro, y era de dos rios; y dijeron que si fuesen buenos mineros y la lavasen como en la isla de Santo Domingo ó como en isla de Cuba, que serian ricas minas; y asimismo trujeron consigo dos principales que envió aquella provincia, y trajeron un presente de oro hecho en joyas, que valdria ducientos pesos, é á darse é ofrecerse por servidores de su majestad; y Cortés se holgó tanto con el oro como si fueran treinta mil pesos, en saber cierto que había buenas minas; é á los caciques que trajeron el presente les mostró mucho amor y les mandó dar cuentas verdes de Castilla, y con buenas palabras se volvieron á sus tierras muy contentos. Y decia el Umbria que no muy lejos de Méjico había grandes poblaciones y otra provincia que se decia Matalcingo; y á lo que sentimos y vimos, el Umbria y sus compañeros vinieron ricos con mucho oro y bien aprovechados; que á este efecto le envió Cortés, para hacer buen amigo dél por lo pasado que dicho tengo, que le mandó cortar los piés. Dejémosle, pues volvió con buen recaudo, y volvamos al capitán Diego de Ordás, que fué á ver el rio de Guazacualco, que es sobre ciento y veinte leguas de Méjico; y dijo que pasó por muy grandes pueblos, que allí los nombró, é que todos le hacian honra; é que en el camino de Guazacualco topó á las guarniciones de Montezuma que estaban en frontera, é que todas aquellas comarcas se quejaban dellos, así de robos que les hacian, y les tomaban sus mujeres y les demandaban otros tributos; y el Ordás, con los principales mejicanos que llevaba, reprendió á los capitanes de Montezuma que tenían cargo de aquellas gentes, y les amenazaron que si mas robaban, que se lo haria saber á su señor Montezuma, y que enviaria por ellos y los castigaria, como hizo á Quetzalpopoca y sus compañeros porque habían robado los pueblos de nuestros amigos; y con estas palabras les metió temor; é luego fué camino de Guazacualco, y no llevó mas de un principal mejicano; y cuando el cacique de aquella provincia, que se decia Tochel, supo que iba, envió sus principales á le recibir, y le mostraron mucha voluntad, porque aquellos de aquella provincia y todos tenían relacion y noticia de nuestras personas, de cuando venimos á descubrir con Juan de Grijalva, segun largamente lo he escrito en el capítulo pasado que dello habla; y volvamos ahora á decir que, como los caciques de Guazacualco entendieron á lo que iba, luego le dieron muchas grandes canoas, y el mesmo cacique Tochel, y con él otros muchos principales hondaron la boca del rio, é hallaron tres brazas largas, sin la de caída, en lo mas bajo; y entrados en el rio un poco arriba, podian nadar grandes navíos, é mientras mas arriba mas hondo. Y junto á un pueblo que en aquella sazón estaba poblado de indios pueden estar carracas; y como el Ordás lo hubo ahondado y se vino con los caciques al pueblo, le dieron ciertas joyas de oro y una india hermosa, y se ofrecieron por servidores de su majestad, y se le quejaron de Montezuma y de su guarnicion de gente de guerra, y que había poco tiempo que tuvieron una ha-

talla con ellos, y que cerca de un pueblo de pocas casas mataron los de aquella provincia á los mejicanos muchas de sus gentes, y por aquella causa llaman hoy en dia, donde aquella guerra pasó, Cuilonemiqui, que en su lengua quiere decir donde mataron los putos mejicanos; y el Ordás les dió muchas gracias por la honra que había recebido, y les dió ciertas cuentas de Castilla que llevaba para aquel efecto, y se volvió á Méjico, y fué alegremente recebido de Cortés y de todos nosotros; y decia que era buena tierra para ganados y granjerías, y el puerto á pique para las islas de Cuba y de Santo Domingo y de Jamaica, excepto que era lejos de Méjico y había grandes ciénagas. Y á esta causa nunca tuvimos confianza del puerto para el descargo y trato de Méjico. Dejemos al Ordás, y digamos del capitán Pizarro y sus compañeros, que fueron en lo de Tustepeque á buscar oro y ver las minas, que volvió el Pizarro con un soldado solo á dar cuenta á Cortés, y trujeron sobre mil pesos de granos de oro sacado de las minas, y dijeron que en la provincia de Tustepeque y Malinaltepeque y otros pueblos comarcanos fué á los rios con mucha gente que le dieron, y cogieron la tercia parte del oro que allí traian, y que fueron en las sierras mas arriba á otra provincia que se dice los chinantecas, y como llegaron á su tierra, que salieron muchos indios con armas, que son unas lanzas mayores que las nuestras, y arcos y flechas y pavesinas, y dijeron que ni un indio mejicano no les entrase en su tierra; si no, que los matarian, y que los teules que vayan mucho en buen hora; y así, fueron, y se quedaron los mejicanos, que no pasaron adelante; y cuando los caciques de Chinanta entendieron á lo que iban, juntaron copia de sus gentes para lavar oro, y le llevaron á unos rios, donde cogieron el demás oro que venia por su parte en granos crespillos, porque dijeron los mineros que aquello era de mas duraderas minas, como de nacimiento; y tambien trujo el capitán Pizarro dos caciques de aquella tierra, que vinieron á ofrecerse por vasallos de su majestad y tener nuestra amistad, y aun trujeron un presente de oro; y todos aquellos caciques a una decian mucho mal de los mejicanos, que eran tan aburridos de aquellas provincias por los robos que les hacian, que no podian ver, ni aun mentar sus nombres. Cortés recibió bien al Pizarro y á los principales que traía, y tomó el presente que le dieron, y porque há muchos años ya pasados, no me acuerdo qué tanto era; y se ofreció con buenas palabras que les ayudaria y seria su amigo de los chinantecas, y les mandó que fuesen á su provincia; y porque no recibiesen algunas molestias en el camino, mandó á dos principales mejicanos que los pusiesen en sus tierras, y que no se quitasen dellos hasta que estuviesen en salvo, y fueron muy contentos. Volvamos á nuestra plática: que preguntó Cortés por los demás soldados que había llevado el Pizarro en su compañía, que se decian Barrientos y Heredia el viejo y Escalona el mozo y Cervantes el chocarrero; y dijo que porque les pareció muy bien aquella tierra y era rica de minas, y los pueblos por donde fuimos muy de paz, les mandó que hiciesen una gran estancia de cacaguatales y maizales y pusiesen muchas aves de la tierra, y otras granjerías que había de algo-

don, y que desde allí fuesen catando todos los rios y vieses qué minas había. Y puesto que Cortés calló por entonces, no se lo tuvo á bien á su pariente haber salido de su mandado, y supimos que en secreto riñó mucho con él sobre ello, y le dijo que era de poca calidad querer entender en cosas de criar aves é cacaguatales; y luego envió otro soldado que se decia Alonso Luis á llamar los demás que había dejado el Pizarro, y para que luego viniesen llevó un mandamiento; y lo que aquellos soldados hicieron diré adelante en su tiempo y lugar.

CAPITULO CIV.

Cómo Cortés dijo al gran Montezuma que mandase á todos los caciques que tributasen á su majestad, pues comunmente sabian que tenían oro, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como el capitán Diego de Ordás y los soldados por mí ya nombrados vinieron con muestras de oro y relacion que toda la tierra era rica, Cortés, con consejo del Ordás y de otros capitanes y soldados, acordó de decir y demandar al Montezuma que todos los caciques y pueblos de la tierra tributasen á su majestad, y que al mismo, como gran señor, tambien tributase é diese de sus tesoros; y respondió que él enviaria por todos los pueblos á demandar oro, mas que muchos dellos no lo alcanzaban, sino joyas de poca valía que habían habido de sus antepasados; y de presto despachó principales á las partes donde había minas, y les mandó que diese cada uno tantos tejuelos de oro fino del tamaño y gordor de otros que le solian tributar, y llevaban para muestras dos tejuelos, y de otras partes no le traian sino joyezuelas de poca valía. Tambien envió á la provincia donde era cacique y señor aquel su pariente muy cercano que no le queria obedecer, que estaba de Méjico obra de doce leguas; y la respuesta que trujeron los mensajeros fué, que decia que no queria dar oro ni obedecer al Montezuma, y que tambien él era señor de Méjico y le venia el señorío como al mismo Montezuma que le enviaba á pedir tributo. Y como esto oyó el Montezuma, tuvo tanto enojo, que de presto envió su señal y sello y con buenos capitanes para que se lo trujesen preso; y venido á su presencia el pariente, le habló muy desacatamente y sin ningun temor, ó de muy esforzado, ó decian que tenía ramos de locura, porque era como atronado; todo lo cual alcanzó á saber Cortés, y envió á pedir por merced al Montezuma que se lo diese, que él lo queria guardar; porque, segun le dijeron, le había mandado matar el Montezuma; y traído ante Cortés, le habló muy amorosamente, y que no fuese loco contra su señor, y que lo queria soltar. Y Montezuma cuando lo supo dijo que no lo soltase, sino que lo echasen en la cadena gorda, como á los otros reyezuelos por mí ya nombrados. Tornemos á decir que en obra de veinte dias vinieron todos los principales que Montezuma había enviado á cobrar los tributos del oro, que dicho tengo. Y así como vinieron, envió á llamar á Cortés y á nuestros capitanes y ciertos soldados que conocia que éramos de guarda, y dijo estas palabras formales, ó otras como ellas: «Hágoos saber, señor Malinche, y señores capitanes y soldados, que á vuestro gran rey yo le soy en cargo y le tengo buena voluntad, así por se-

ñor y tan gran señor, como por haber enviado de tan léjas tierras á saber de mí; y lo que mas me pone en el pensamiento es, que él ha de ser el que nos ha de señorear, segun nuestros antepasados nos han dicho, y aun nuestros dioses nos dan á entender por las respuestas que dellos tenemos; tomó ese oro que se ha recogido, y por ser tan de priesa no se trae mas; y lo que yo tengo aparejado para el Emperador es todo el tesoro que he habido de mi padre, que está en vuestro poder y aposento, que bien sé que luego que aquí venistes, abristes la casa y lo vistes é mirastes todo, y la tornastes á cerrar como antes estaba; y cuando se lo enviáredes, decidle en vuestros anales y cartas: «Esto os envia vuestro buen vasallo Montezuma;» y tambien yo os daré unas piedras muy ricas, que le enviéis en mi nombre, que son chalchihuis, que no son para dar á otras personas, sino para ese vuestro gran emperador, que vale cada una piedra dos cargas de oro. Tambien le quiero enviar tres cerbatanas con sus esquieros y bodoqueras, que tienen tales obras de pedrería, que se holgará de vellas; y tambien yo quiero dar de lo que tuviere, aunque es poco, porque todo el mas oro y joyas que tenia os he dado en veces. Y cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas, y le dijimos que se lo teniamos en merced, y con palabras de mucho amor le prometió Cortés que escribiríamos á su majestad de la magnificencia y franqueza del oro que nos dió en su real nombre. Y después que tuvimos otras pláticas de buenos comedimientos, luego en aquella hora envió Montezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza que estaba en aquella sala encalada; y para vello y quitallo de sus bordaduras y donde estaba engastado tardamos tres dias, y aun para lo quitar y deshacer vinieron los plateros de Montezuma, de un pueblo que se dice Escapuzalco. Y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro; y pesado, hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata é otras muchas riquezas. Y no cuento con ello las planchas, y tejuelos de oro y el oro en grano de las minas; y se comenzó á fundir con los plateros indios que dicho tengo, naturales de Escapuzalco, é se hicieron unas barras muy anchas dello, como medida de tres dedos de la mano de anchor de cada una barra. Pues ya fundido y hecho barras, traen otro presente por sí de lo que el gran Montezuma habia dicho que daría, que fué cosa de admiracion ver tanto oro y las riquezas de otras joyas que trujo. Pues las piedras chalchihuis, que eran tan ricas algunas dellas, que valian entre los mismos caciques mucha cantidad de oro; pues las tres cerbatanas con sus bodoqueras, los engastes que tenían de piedras y perlas, y las pinturas de pluma é de pajaritos llanos de aljófar, é otras aves, todo era de gran valor. Dejamos de decir de penachos y plumas y otras muchas cosas ricas, que es para nunca acabar de traerlo aquí á la memoria; digamos agora cómo se marcó todo el oro que dicho tengo con una marca de hierro que mandó hacer Cortés, y los oficiales del Rey prohibidos por Cortés, y de acuerdo de todos nosotros, en nombre de

su majestad, hasta que otra cosa mandase; y la marca fué las armas reales como de un real y del tamaño de un toston de á cuatro, y esto sin las joyas ricas que nos pareció que no eran para deshacer; pues para pesar todas estas barras de oro y plata y las joyas que quedaron por deshacer no teniamos pesas de marcos ni balanza, y pareció á Cortés y á los mismos oficiales de la hacienda de su majestad que seria bien hacer de hierro unas pesas de hasta una arroba, y otras de media arroba, y de dos libras, y de una libra, y de media libra y de cuatro onzas; y esto no para que viniese muy justo, sino media onza mas ó menos en cada peso que pesaba y de cuanto pesó. Y dijeron los oficiales del Rey que habia en el oro, así en lo que estaba hecho arrobos como en los granos de las minas y en los tejuelos y joyas, mas de seiscientos mil pesos, sin la plata é otras muchas joyas que se dejaron de avaluar; y algunos soldados decian que habia mas. Y como ya no habia que hacer en ello sino sacar el real quinto y dar á cada capitan y soldado nuestras partes, é á los que quedaban en el puerto de la Villa-Rica tambien las suyas, parece ser Cortés procuraba de no lo repartir tan presto, hasta que tuviese mas oro é hubiese buenas pesas y razon y cuenta de á cómo salian; y todos los mas soldados y capitanes dijimos que luego se repartiese, porque habiamos visto que cuando se deshacian las piezas del tesoro de Montezuma estaba en los montones que he dicho mucho mas oro, y que faltaba la tercia parte dello, que lo tomaban y escondian, así por la parte de Cortés como de los capitanes y otros que no se sabia, y se iba menoscabando; é á poder de muchas pláticas se pesó lo que quedaba, y hallaron sobre seiscientos mil pesos, sin las joyas y tejuelos, y para otro dia habian de dar las partes. E diré cómo lo repartieron, é todo lo mas se quedó con ello el capitan Cortés é otras personas, y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CV.

Cómo se repartió el oro que hubimos, así de lo que dió el gran Montezuma como de lo que se recogió de los pueblos, y de lo que sobre ello acaeció á un soldado.

Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo que le sacasen á él otro quinto como á su majestad, pues se lo prometimos en el arenal cuando le alzamos por capitan general y justicia mayor, como ya lo he dicho en el capítulo que dello habla. Luego tras esto dijo que habia hecho cierta costa en la isla de Cuba que gastó en el armada, que lo sacasen de monton; y demás desto, que se apartase del mismo monte la costa que habia hecho Diego Velazquez en los navíos que dimos al través con ellos, pues todos fuimos en ellos; y tras esto, para los procuradores que fueron á Castilla. Y demás desto, para los que quedaron en la Villa-Rica, que eran setenta vecinos, y para el caballo que se le murió y para la yegua de Juan Sedeño, que mataron en lo de Tlascala de una cuchillada; pues para el padre de la Merced y el clérigo Juan Díaz y los capitanes y los que traian caballos, dobles partes, escopeteros y ballesteros por el consiguiente, é otras sacaliñas; de manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir; y con todo

se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podiamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobre ello era por demás; é otros soldados hubo que tomaron sus partes á cien pesos, y daban voces por lo demás; y Cortés secretamente daba á unos y á otros por vía que les hacia merced por contentallos, y con buenas palabras que les decia sufrían. Pues vamos á las partes que daban á los de la Villa-Rica, que se lo mandó llevar á Tlascala para que allí se lo guardase; y como ello fué mal repartido, en tal paró todo, como adelante diré en su tiempo. En aquella sazón muchos de nuestros capitanes mandaron hacer cadenas de oro muy grandes á los plateros del gran Montezuma, que ya he dicho que tenia un gran pueblo dellos, media legua de Méjico, que se dice Escapuzalco; y asimismo Cortés mandó hacer muchas joyas y gran servicio de vajilla, y algunos de nuestros soldados que habian henchido las manos; por manera que ya andaban públicamente muchos tejuelos de oro marcado y por marcar, y joyas de muchas diversidades de hechuras, é el juego largo, con unos naipes que hacian de cuero de atambores, tan buenos é tan bien pintados como los de España; los cuales naipes hacia un Pedro Valenciano, y desta manera estábamos. Dejemos de hablar en el oro y de lo mal que se repartió y peor se gozó, y diré lo que á un soldado que se decia Fulano de Cárdenas le acaeció. Parece ser que aquel soldado era piloto y hombre de la mar, natural de Triana y del condado; el pobre tenia en su tierra mujer é hijos, y como á muchos nos acaee, debria de estar pobre, y vino á buscar la vida para volverse á su mujer é hijos; é como habia visto tanta riqueza en oro en planchas y en granos de las minas é tejuelos y barras fundidas, y al repartir dello vió que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza; y un su amigo, como le veia cada dia tan pensativo y malo, íbale á ver y deciale que de qué estaba de aquella manera y suspiraba tanto; y respondió el piloto Cárdenas: «¡Oh cuerpo de tal conmigo! ¿Yo no he de estar malo viendo que Cortés así se lleva todo el oro, y como rey lleva quinto, y ha sacado para el caballo que se le murió y para los navíos de Diego Velazquez y para otras muchas trancañillas, y que muera mi mujer é hijos de hambre, pudiéndolos socorrer cuando fueren los procuradores con nuestras cartas, y le enviamos todo el oro y plata que habiamos habido en aquel tiempo?» Y respondióle aquel su amigo: «Pues ¿qué oro teniades vos para les enviar?» Y el Cárdenas dijo: «Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabia, con ello se sostuviera mi mujer é hijos, y aun les sobraba; mas mirad qué embustes tuvo, hacernos firmar que sirviésemos á su majestad con nuestras partes, y sacar del oro para su padre Martin Cortés sobre seis mil pesos é lo que escondió; y yo y otros pobres que estamos de noche y de dia batallando, como habeis visto en las guerras pasadas de Tabasco y Tlascala é lo de Cingapacinga é Cholula, y agora estar en tan grandes peligros como estamos, y cada dia la muerte al ojo si se levantasen en esta ciudad, é que se alce con todo el oro é que lleve quinto como rey.» E dijo otras palabras sobre ello, y que tal quinto no le habiamos de dejar sacar, ni tener tantos reyes, sino solamente á su

majestad. Y replicó su compañero y dijo: «Pues ¿esos cuidados os matan, y agora veis que todo lo que traen los caciques y Montezuma se consume en él, uno en papo y otro en saco é otro so el sobaco, y allá va todo donde quiere Cortés y estos nuestros capitanes, que hasta el bastimento todo lo llevan? Por eso dejáos desos pensamientos, y rogad á Dios que en esta ciudad no perdamos las vidas;» y así, cesaron sus pláticas, las cuales alcanzó á saber Cortés; y como le decian que habia muchos soldados descontentos por las partes del oro y de lo que habian hurtado del monton, acordó de hacer á todos un parlamento con palabras muy melifluas, y dijo que todo lo que tenia era para nosotros; que él no queria quinto, sino la parte que le cabe de capitan general, y cualquiera que hubiese menester algo que se lo daría; y aquel oro que habiamos habido que era un poco de aire; que mirásemos las grandes ciudades que hay é ricas minas, que todos seriamos señores dellas, y muy prósperos é ricos; y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabia bien proponer. Y demás desto, á ciertos soldados secretamente daba joyas de oro, y á otros hacia grandes promesas, y mandó que los bastimentos que traian los mayordomos de Montezuma que lo repartiesen entre todos los soldados como á su persona; y demás desto, llamó aparte al Cárdenas y con palabras le halagó, y le prometió que con los primeros navíos le enviaria á Castilla á su mujer é hijos, é le dió trecientos pesos, y así se quedó contento. Y quedarse ha aquí, y diré cuando venga á coyuntura lo que al Cárdenas acaeció cuando fué á Castilla, y cómo le fué muy contrario á Cortés en los negocios que tuvo ante su majestad.

CAPITULO CVI.

Cómo hubieron palabras Juan Velazquez de Leon y el tesoro Gregorio Mejía sobre el oro que faltaba de los montones antes que se fundiese, y lo que Cortés hizo sobre ello.

Como el oro comunmente todos los hombres lo deseamos, y mientras unos mas tienen mas quieren, acaeció que, como faltaban muchas piezas de oro conocidas de los montones, ya otra vez por mí dicho, y Juan Velazquez de Leon en aquel tiempo hacia labrar á los indios de Escapuzalco, que eran todos plateros del gran Montezuma, grandes cadenas de oro y otras piezas de vajillas para su servicio; y como Gonzalo Mejía, que era tesoro, le dijo secretamente que se las diese, pues no estaban quintadas y eran conocidamente de las que habia dado el Montezuma; y el Juan Velazquez de Leon, que era muy privado de Cortés, dijo que no le queria dar ninguna cosa, y que no lo habia tomado de lo que estaba allegado ni de otra parte ninguna, salvo que Cortés se las habia dado antes que se hiciesen barras; y el Gonzalo Mejía respondió que bastaba lo que Cortés habia escondido y tomado á los compañeros, y todavia como tesoro demandaba mucho oro, que se habia pagado el real quinto, y de palabras en palabras se desmandaron y vinieron á echar mano á las espadas, y si de presto no los metiéramos en paz, entrambos á dos acabaran allí sus vidas, porque eran personas de mucho ser y valientes por las armas; y salieron heridos cada uno con dos heridas. Y como Cortés lo supo, los

mandó echar presos cada uno en una cadena gruesa, y parece ser, según muchos soldados dijeron, que secretamente habló Cortés al Juan Velazquez de Leon, como era mucho su amigo, que estuviese preso dos días en la misma cadena, y que sacarian de la prision al Gonzalo Mejía, como á tesorerero; y esto lo hacia Cortés porque viésemos todos los capitanes y soldados que hacia justicia, que con ser el Juan Velazquez una y carne del mismo capitán, le tenia preso. Y porque pasaron otras cosas acerca del Gonzalo Mejía, que dijo á Cortés sobre el mucho oro que faltaba, y que se le quejaban dello todos los soldados porque no se lo demandaba al mismo capitán Cortés, pues era tesorerero é estaba á su cargo; porque es larga relacion, lo dejaré de decir, y diré que, como el Juan Velazquez de Leon estaba preso en una sala cerca del Montezuma y su aposento, en una cadena gorda, y como el Juan Velazquez era hombre de gran cuerpo y muy membrudo, y cuando se paseaba por la sala llevaba la cadena arrastrando y hacia gran sonido, que lo oia el Montezuma, preguntó al paje Orteguilla que á quién tenia preso Cortés en las cadenas, y el paje le dijo que era á Juan Velazquez, el que solia tener guarda de su persona, porque ya en aquella sazón no lo era, sino Cristóbal de Olí; y preguntó que por qué causa, y el paje le dijo que por cierto oro que faltaba. Y aquel mismo día fué Cortés á tener palacio al Montezuma, y después de las cortesías acostumbradas y de las palabras que entre ellos pasaron, preguntó el Montezuma á Cortés que por qué tenia preso á Juan Velazquez, siendo buen capitán y muy esforzado; porque el Montezuma, como he dicho otras veces, bien conocia á todos nosotros y aun nuestras calidades; y Cortés le dijo medio riendo que porque era tabanillo, que quiere decir loco, y que porque no le dan mucho oro quiere ir por sus pueblos y ciudades á demandallo á los caciques, y porque no mate á algunos, por esta causa lo tiene preso; y el Montezuma respondió que le pedia por merced que le soltase, y que él enviaria á buscar mas oro y le daria de lo suyo; y Cortés hacia como que se le hacia de mal el soltallo, y dijo que sí haria por complacer al Montezuma; y paréceme que lo sentenció en que fuese desterrado del real y fuese á un pueblo que se decia Cholula, con mensajero del Montezuma, á demandar oro, y primero los hizo amigos al Gonzalo Mejía y al Juan Velazquez, é vi que dentro de seis días volvió de cumplir su destierro, y desde allí adelante el Gonzalo Mejía y Cortés no se llevaron bien, y el Juan Velazquez vino con mas oro. He traído esto aquí á la memoria, aunque vaya fuera de nuestra relacion, porque vean que Cortés, so color de hacer justicia porque todos le temiésemos, era con grandes mañas. Y dejarémoslo aquí.

CAPITULO CVII.

Cómo el gran Montezuma dijo á Cortés que le queria dar una hija de las suyas para que se casase con ella, y lo que Cortés le respondió, y todavía la tomó, y la servian y honraban como hija de tal señor.

Como otras muchas veces he dicho, siempre Cortés y todos nosotros procurábamos de agrandar y servir á Montezuma y tenerle palacio; y un día le dijo el Mon-

tezuma: «Mirá, Malinche, que tanto os amo, que os quiero dar una hija mia muy hermosa para que os caseis con ella y la tengais por vuestra legitima mujer;» y Cortés le quitó la gorra por la merced, y dijo que era gran merced la que le hacia; mas que era casado y tenia mujer, é que entre nosotros no podemos tener mas de una mujer, y que él la tenia en aquel agrado que hija de tan gran señor merece, y que primero quiere se vuelva cristiana, como son otras señoras hijas de señores; y Montezuma lo hubo por bien, y siempre mostraba el gran Montezuma su acostumbrada voluntad; é de un día en otro no cesaba Montezuma sus sacrificios y de matar en ellos indios, y Cortés se lo retraia, y no aprovechaba cosa ninguna, hasta que tomó consejo con nuestros capitanes qué haríamos en aquel caso, porque no se atrevia á poner remedio en ello por no revolver la ciudad é á los papas que estaban en el Huichilóbos; y el consejo que sobre ello se dió por nuestros capitanes é soldados, que hiciese que queria ir á derrocar los ídolos del alto cu de Huichilóbos, y si viésemos que se ponian en defendello ó que se alborotaban, que le demandase licencia para hacer un altar en una parte del gran cu, é poner un Crucifijo é una imágen de nuestra Señora; y como esto se acordó, fué Cortés á los palacios adonde estaba preso Montezuma, y llevó consigo siete capitanes y soldados, é dijo al Montezuma: «Señor, ya muchas veces he dicho á vuestra majestad que no sacrifiqueis mas ánimas á estos vuestros dioses, que os traen engañados, y no lo quereis hacer; hágoos, Señor, saber que todos mis compañeros y estos capitanes que conmigo vienen, os vienen á pedir por merced que les deis licencia para los quitar de allí, y pondrémos á nuestra Señora santa María y una cruz; y que si ahora no les dáis licencia, que ellos irán á los quitar, y no querria que matasen algun papa.» Y cuando el Montezuma oyó aquellas palabras y vió ir á los capitanes algo alterados, dijo: «¡Oh Malinche, y cómo nos quereis echar á perder toda esta ciudad! Porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán. Lo que os ruego, que ahora al presente os sufrais, que yo enviaré á llamar á todos los papas y veré su respuesta.» Y como aquello oyó Cortés, hizo un ademán que queria hablar muy en secreto al Montezuma solo con el fraile de la Merced, é que no estuviesen presentes nuestros capitanes que llevaba en su compañía, á los cuales mandó que le dejasen solo, y los mandó salir; y como se salieron de la sala, dijo al Montezuma que porque no se hiciese alboroto, ni los papas lo tuviesen á mal derrocalle sus ídolos, que él trataria con los mismos nuestros capitanes que no se hiciese tal cosa, con tal que en un apartamiento del gran cu hiciésemos un altar para poner la imágen de nuestra Señora é una cruz, é que el tiempo andando verian cuán buenos y provechosos son para sus ánimas y para dalles la salud y buenas sementeras y prosperidades; y el Montezuma, puesto que con suspiros y semblante muy triste, dijo que él lo trataria con los papas. Y en fin de muchas palabras que sobre ello hubo, se puso nuestro altar apartado de sus malditos ídolos, y la imágen de nuestra Señora y una cruz, y con mucha devoción, y todos

dando gracias á Dios, dijeron misa cantada el padre de la Merced, y ayudaba á la misa el clérigo Juan Díaz y muchos de los nuestros soldados; y allí mandó poner nuestro capitán á un soldado viejo para que tuviese guarda en ello, y rogó al Montezuma que mandase á los papas que no tocasen en ello, salvo para barrer y quemar incienso y poner candelas de cera ardiendo de noche y de día, y enramallo y poner flores. Y dejallo he aquí, y diré lo que sobre ello avino.

CAPITULO CVIII.

Cómo el gran Montezuma dijo á nuestro capitán Cortés que se saliese de Méjico con todos los soldados, porque se querian levantar todos los caciques y papas y darnos guerra hasta matarnos, porque así estaba acordado y dado consejo por sus ídolos, y lo que Cortés sobre ello hizo.

Como siempre á la continua nunca nos faltaban sobresaltos, y de tal calidad, que eran para acabar las vidas en ellos si nuestro Señor Dios no lo remediara, y fué que, como habíamos puesto en el gran cu en el altar que hicimos la imágen de nuestra Señora y la cruz, y se dijo el santo Evangelio y misa, parece ser que los Huichilóbos y el Tezcatepuca hablaron con los papas, y les dijeron que se querian ir de su provincia, pues tan mal tratados eran de los teules, é que adonde están aquellas figuras y cruz que no quieren estar, é que ellos no estarían allí si no nos mataban, é que aquello les daban por respuesta, é que no curasen de tener otra, é que se lo dijese á Montezuma y á todos sus capitanes, que luego comenzasen la guerra y nos matasen; y les dijo el ídolo que mirasen que todo el oro que solian tener para honrarlos lo habíamos deshecho y hecho ladrillos, é que mirasen que nos íbamos señoreando de la tierra, y que teníamos presos á cinco grandes caciques, y les dijeron otras maldades para atraellos á darnos guerra; y para que Cortés y todos nosotros lo supiésemos, el gran Montezuma le envió á llamar para que le queria hablar en cosas que iba mucho en ellas; y vino el paje Orteguilla, y dijo que estaba muy alterado y triste Montezuma, é que aquella noche é parte del día habian estado con él muchos papas y capitanes muy principales, y secretamente hablaban, que no lo pudo entender; y cuando Cortés lo oyó, fué de presto al palacio donde estaba el Montezuma, y llevó consigo á Cristóbal de Olí, que era capitán de la guardia, é á otros cuatro capitanes, é á doña Marina é á Jerónimo de Aguilar; y después que le hicieron mucho acato, dijo el Montezuma: «¡Oh, señor Malinche y señores capitanes, cuánto me pesa de la respuesta y mandado que nuestros teules han dado á nuestros papas é á mí é á todos mis capitanes! Y es que os demos guerra y os matemos é os hagamos ir por la mar adelante; lo que he colegido dello y me parece, es que antes que comiencen la guerra, que luego salgais desta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí; y esto, señor Malinche, os digo que hagais en todas maneras, que os conviene; si no, mataros han, y mirá que os va las vidas.» Y Cortés y nuestros capitanes sintieron pesar y aun se alteraron; y no era de maravillar de cosa tan nueva y determinada, que era poner nuestras vidas en gran peligro sobre ello en aquel instante, pues tan determinadamente nos lo avisaban; y Cortés le dijo que él se lo

tenia en merced el aviso; que al presente de dos cosas le pesaban: no tener navios en que se ir, que mandó quebrar los que trujo; y la otra, que por fuerza habia de ir el Montezuma con nosotros para que le vea nuestro gran emperador; y que le pide por merced que tenga por bien que hasta que se hagan tres navios en el arsenal que detenga á los papas y capitanes, porque para ellos es mejor partido; y que si comenzaren la guerra, que todos morirán en ella si la quisieren dar. E mas dijo, que porque vea Montezuma quiere luego hacer lo que le dice, que mande á sus capitanes que vayan con dos de nuestros soldados que son grandes maestros de hacer navios á cortar la madera cerca del arsenal. El Montezuma estuvo muy mas triste que de antes, como Cortés le dijo que habia de ir con nosotros ante el Emperador, y dijo que le daria los carpinteros, y que luego despachase, y no hubiese mas palabras, sino obras; y que entre tanto que él mandaria á los papas y á sus capitanes que no curasen de alborotar la ciudad, é que á sus ídolos Huichilóbos que mandaria aplacasen con sacrificios, é que no seria con muertes de hombres. Y con esta tan alborotada plática se despidió Cortés del Montezuma, y estábamos todos con grande congoja, esperando cuándo habian de comenzar la guerra. Luego Cortés mandó llamar á Martín Lopez y Andrés Nuñez, y con los indios carpinteros que le dió el gran Montezuma; y después de platicado el porte de que se podrian labrar los tres navios, le mandó que luego pusiese por la obra de los hacer é poner á punto, pues que en la Villa-Rica habia todo aparejo de hierro y herreros, y jarcia y estopa, y calafates y brea; y así, fueron y cortaron la madera en la costa de la Villa-Rica, y con toda la cuenta y galivo della, y con buena priesa comenzó á labrar sus navios. Lo que Cortés le dijo á Martín Lopez sobre ello no lo sé; y esto digo porque dice el coronista Gómora en su Historia que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Montezuma: remitome á lo que ellos dijeron, que gracias á Dios son vivos en este tiempo; mas muy secretamente me dijo el Martín Lopez que de hecho y apriesa los labraba; y así, los dejó en astillero tres navios. Dejémoslos labrándolos, y digamos cuáles andábamos todos en aquella gran ciudad tan pensativos, temiendo que de una hora á otra nos habian de dar guerra en nuestras caborias de Tlascalá; é doña Marina así lo decia al capitán, y el Orteguilla, el paje del Montezuma, siempre estaba llorando, y todos nosotros muy á punto, y buenas guardas al Montezuma. Digo, de nosotros estar á punto no habia necesidad de decillo tantas veces, porque de día y de noche no se nos quitaban las armas, gorjales y antiparas, y con ello dormíamos. Y dirán ahora dónde dormíamos, de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja y una estera, y el que tenia un toldillo, ponelle debajo, y calzados y armados, y todo género de armas muy á punto, y los caballos enfrenados y ensillados todo el día; y todos tan prestos, que en tocando el arma, como si estuviéremos puestos é aguardando para aquel punto; pues de velar cada noche, no quedaba soldado que no velaba. Y otra cosa digo, y no por me jactanciar dello, que quedé yo tan acostu-